

gel en Alemania y Revilla en España), son fruto de la edad madura y no de la juventud, como comunmente se supone; el literato necesita, como en el mundo, tener experiencia de la vida para concentrar en sus obras lo ideal y lo real.

Singularmente el dramaturgo y el novelista, para pintar en sus obras el corazón humano necesitan conocerle profundamente, no en teoría, sino merced á largas observaciones prácticas.

CAPITULO IV.

Novelas de Justo Sierra (padre) y de Florencio M^o del Castillo.—Otros novelistas mexicanos hasta nuestros días.

Justo Sierra (padre) y Florencio M^o del Castillo, siguiendo nosotros el orden de las ideas más bien que el cronológico, marcan en la novela mexicana un grado de adelantamiento, respecto á Fernando Orozco y á Díaz Covarrubias, de quienes hemos tratado en el capítulo anterior.

Justo Sierra escribió tres novelas, *El Mulato*, *Un año en el Hospital de San Lázaro* y *La Hija del Judío*. La primera nos es desconocida, no obstante que para obtenerla nos hemos dirigido no sólo á los libreros, sino á la familia del autor.

Creemos bastante, sin embargo, para tener idea de Sierra como novelista, analizar las dos obras que, por otra parte, son las de más mérito según la voz pública.

He aquí el argumento de *Un año en el Hospital de San Lázaro*.

El joven Antonio, en un momento de extravío y por malas compañías, contrae una enfermedad vergonzosa que, más tarde, se convierte en lepra ó enfermedad de San Lázaro.

Las leyes sanitarias del país reducen el brillante porvenir del joven á ser encerrado en el Hospital San Lázaro, situado en Campeche, donde pasa un año sufriendo dolores físicos y más que todo acervas penas morales; la separación de sus parientes y de los amigos; la proscripción de la sociedad toda; la compañía de seres asquerosos y muchos moralmente degenerados.

Sin embargo, Antonio encuentra algunos consuelos en el estudio, en la contemplación de la naturaleza, especialmen-

te en la del mar, en el trato de personas escogidas que su situación le permite, en la correspondencia que sigue, por escrito, con algunos amigos y sobre todo, en la religión cristiana, aconsejado por un hombre virtuoso, el capellán del Hospital.

No obstante ésto, la situación de Antonio se complica por la presencia en el Hospital de las dos meretrices que le enfermaron, y al cabo de un año se propone y logra escapar-se del Hospital, marchando al extranjero, ayudado en su empresa misteriosa por el Dr. Moore.

Salvo algunos provincialismos y galicismos y tal cual descuido gramatical, la novela que nos ocupa tiene generalmente lenguaje castizo.

El estilo es convenientemente bien sostenido, á la altura de la forma epistolar que el autor escogió, la cual, aunque tiene inconvenientes para la novela, presenta algunas ventajas, como la de que el autor no se muestra nunca, y la de que se pueden introducir con naturalidad muchas circunstancias que en una narración seguida es difícil reunir con la acción principal.

Aunque el enredo de la novela que analizamos no es complicado ni muy variadas las situaciones ni los acontecimientos, no faltan dificultades, incidentes, personajes secundarios y bellas descripciones que amenizan la obra y le dan algún interés.

Empero, su mérito principal consiste en el argumento moral de ella, desenvuelto en dos caracteres bien delineados, el del protagonista Antonio y el del capellán del Hospital. De esta manera la idea moral pasa de la abstracción fría á la animación personal y concreta.

Antonio pinta su situación física y especialmente sus penas morales con fina sensibilidad, dando lugar á escenas patéticas y algunas hermosas, que impresionan vivamente al lector, produciendo, no una lástima estéril, sino la idea por una parte de una especie de castigo del vicio, y por otra de una reforma social, la de evitar en lo sucesivo las preocupaciones infundadas que existen contra los leprosos, que afortunadamente se han ido corrigiendo conforme ha avanzado la civilización.

Entre los judíos, los persas y otros pueblos asiáticos, los leprosos eran vistos con horror y arrojados fuera de las

poblaciones. En la Edad Media, cuando algún individuo era declarado leproso se le conducía á la Iglesia donde se le cantaba el oficio de difuntos, porque había muerto moralmente para la sociedad y hasta cierto punto físicamente, pues se le alojaba en un Hospital aislado; la ley prohibía á los leprosos heredar y trabajar y sólo conservaban el usufructo de los bienes ya requeridos.

El Capellán del Hospital de San Lázaro, sacerdote católico, es una figura angélica, la imagen de la Providencia en la tierra, en quien Antonio halla todo el sostén, toda la conformidad, todos los consuelos que proporciona la fé religiosa; también son interesantes el médico y el misterioso Dr. Moore, salvador de Antonio.

Ahora bien, la idea fundamental de Sierra fué propia ó ajená? Acaso el escritor yucateco se inspiró en *Los Leprosos de la ciudad de Aosta* por Javier de Maistre; pero pudo espontáneamente haber producido su obra.

Sierra concluye "*Un año en el Hospital de San Lázaro*" con la siguiente Nota:—"Hace algún tiempo que estoy ocupado en bosquejar una extensa novela que, bajó el título de *Los Filibusteros del Siglo XIX*, pienso publicar en mejor ocasión. *Un año en el Hospital de San Lázaro* no es más que un episodio, y por lo mismo es aquí en donde realmente debe terminar. Sin embargo, aunque sea destruyendo el interés de la novela principal, diré que Antonio quedó enteramente curado de su dolencia, se halló en la toma de Missolonghi, y á principios de 1837 vivía aun en la ciudad de Smirna."

Apesar del mérito que en nuestro concepto tiene *Un año en el Hospital de San Lázaro*, todavía nos parece mejor *La Hija del Judío*, cuyo argumento vamos á manifestar.

Don Felipe Alvarez de Monreal, nacido en Mérida (Yucatán), de origen portugués, tenía una gran fortuna de la cual quiso apoderarse la Inquisición acusando de judaizante á D. Felipe, encerrándolo en la cárcel y confiscando sus bienes.

María, huérfana de madre é hija de Don Felipe, quedó abandonada en el mundo, pero adoptada por dos esposos de Mérida, virtuosos y de las mejores familias.

Empero, el ceño de la Inquisición persiguió á la niña aun en el seno de su familia adoptiva, temiendo aquel tribunal

que María pudiese hacer valer sus derechos sobre la cuantiosa herencia de D. Felipe.

A efecto de asegurar la Inquisición la propiedad de la herencia trabaja de modo que el Obispo de Yucatán obligue á la joven María á entrar en un convento, no obstante que se hallaba apasionada de un caballero principal, D. Luis de Zubiaur.

El enredo de la novela consiste en la lucha entablada entre la Inquisición para obligar á María á que profese de monja, y los Jesuitas amigos y protectores de la familia Alvarez de Monreal.

Triunfan los Jesuitas logrando sacar del convento á María, casándola con D. Luis y trasladando á los esposos fuera del país, para ponerlos lejos del alcance de la Inquisición.

El Prepósito de los Jesuitas de Yucatán, que guiaba la intriga, concluye un rescripto con estas palabras: "La Inquisición de España se extiende á los dominios españoles no más; la sagrada Compañía de Jesús sobre todo el mundo."

Los Jesuitas consiguen también que los bienes confiscados queden bajo su administración, la cual practica con fidelidad y éxito, no sin haber inclinado á D. Luis á que hiciese donación á la Compañía de una parte de esos bienes.

Resulta, pues, que el papel odioso de la novela recae sobre la Inquisición, y de una manera verosímil, pues están probados históricamente los abusos que cometió aquel odioso tribunal en México y en todos los países donde se extendió su dominio; la historia de la Inquisición mexicana comprueba que los abusos de ésta los ejercía especialmente contra los portugueses, los cuales estuvieron mucho tiempo en guerra con los españoles.

Tal circunstancia hace todavía más verosímil la obra de Sierra.

Respecto á la parte simpática de la novela, los Jesuitas, hace el autor una explicación que también satisface á la verosimilitud:— «Si su presencia y espíritu dominante pudiera preparar la ruina de algunos países, en Yucatán, por el contrario, los jesuitas no hicieron sino mucho bien.»

Asentado ya que la novela que nos ocupa tiene el mérito

de la verosimilitud, en lo substancial de ella, pasemos á examinarla en sus otros aspectos.

La acción de la novela se supone en Yucatán, á mediados del Siglo XVII, y con ese motivo el autor pinta fielmente las costumbres de la época y del país. En tal concepto, *La Hija del Judío* puede calificarse como una buena novela de costumbres antiguas yucatecas.

Sin embargo, la obra literaria que nos ocupa no es solamente una novela de costumbres, sino que, á la vez, tiene un objeto filosófico, presentar en un cuadro romancesco los funestos resultados de la tiranía política y de la intolerancia religiosa.

Precisamente un escritor posterior á Sierra, Julio Simon, en su obra «*La libertad de conciencia*» dá un toque maestro pintando con vivos colores la patética escena de un auto de fé.

Ya hemos explicado que el argumento esencial de *La Hija del Judío* es verosímil; lo son también las situaciones, las dificultades que forman el enredo de la novela y que la hacen de bastante interés, sin apelar nunca el autor á esos recursos increíbles, absurdos, que en lugar de sorprender el ánimo del lector le hacen reír.

El carácter de la protagonista está dibujado con exactitud, y aunque María desaparece dos ocasiones de la vista del lector, se observa fácilmente que ella es el fin adonde convergen los actos de los demás personajes. Entre éstos los más notables son el amante de María, el Dean de Mérida, jefe de los inquisidores y su antagonista el Padre prepósito de los jesuitas.

Siendo *La Hija del Judío* una novela de costumbres, es naturalmente realista, pero del buen género, ésto es, sin descender á lo grosero, á lo indecente, á lo repugnante, á lo feo. (Véase lo que hemos dicho sobre el realismo en el cap.^o 1.^o de la presente obra.)

En el concepto dicho, Sierra indica su realismo aun en casos en que pudiera usar de una ficción completa, como cuando hace el retrato de María en la siguiente explicación:

«Rayaba en los 16 años. Nada sería más fácil para mí que presentarla á mis lectores ataviada de la belleza y encantos de una Huri.... Pero todo ésto me alejaría de la exactitud histórica, porque mi María es un hecho, una verdad, y

«la verdad para lucir brillantemente no necesita vanos ador-
«nos.»

No obstante el sistema realista que domina en *La Hija del Judío*, el autor á sabiendas ó inconscientemente traza algunos rasgos de idealismo, especialmente en la expresión de afectos y pasiones.

Sirva de ejemplo la manera con que María se enamoró de Luis.

«María escuchó (en el templo) una voz *mágica* que correspondió al punto con las fibras de su corazón. La voz no era «de un hombre; era de un niño, de un *ángel enviado á la «tierra* para cantar las glorias del Señor. María *soñó*, «arrebataada en las alas de su *imaginación*, subió hasta ese «mundo *desconocido* en donde todo es hechizo y amor; allá, «como en la *encantada* isla de Armida, vió jardines amenos, «risueños prados, fuentes bulliciosas. Allí vió un noble y «hermoso joven, radiante de gloria y felicidad, que era el «rey de aquellos solitarios dominios, que la recibía postrán- «dose á sus pies, *despreciando las vanas preocupaciones de la «tierra*, y ofreciéndole un corazón rebozando de amor y de «ternura.»

Pasaje como éste no se encontrará en novela *enteramente* realista; y nosotros no lo censuramos, supuesto que en todo el curso de nuestra obra, desde la introducción, hemos venido sosteniendo este principio: «El arte es la representación sensible del bello ideal.»

En cuanto á la forma de la novela que examinamos, sólo observaremos que el lenguaje es generalmente correcto, el estilo natural y fluido, y en consecuencia, claro y agradable, nada de gongorismo.

Las descripciones de Sierra son convenientes; ya hemos dicho que en los tiempos de decadencia, y hoy especialmente entre los llamados *naturalistas*, se fatiga el lector con pesadísimos detalles, se suple la inventiva de la imaginación con serviles fotografías.

Sierra, más acertadamente, funda el nacimiento, el desarrollo y el desenlace de su obra en la acción.

Supuesto lo dicho, en justo elogio de *La Hija del Judío*, se comprenderá fácilmente que los pocos defectos que en ella se encuentran no son parte bastante á deslucir las buenas cualidades que hemos remarcado.

He aquí cuales son, en nuestro concepto, sus pocos defectos. Algunos descuidos gramaticales de analogía y sintaxis, los cuales sería nimio detenernos en señalar; varias escenas y varios diálogos pesados por demasiado extensos, el epilogo innecesario, en parte, debilitando el efecto artístico del desenlace.

El epilogo se extiende hasta dar razón de D. Juan de Zubiaur y Alvarez, portugués de Torres-Vedras, hijo de María y de su esposo. No hace falta ninguna ese personaje para completar el argumento de la *Hija del Judío*, y está, pues, de sobra; los personajes superfluos están prohibidos en toda obra literaria.

En el mismo epilogo se refiere que el padre de María, el supuesto judaizante, logró escapar de la cárcel de la Inquisición, refugiándose en Portugal, donde tomó parte en la guerra contra los españoles.

Esto debió simplemente indicarse en el último capítulo, para no caer en el peligro de que la novela aparezca con dos acciones, la historia de María y la de su padre.

Por último, en el epilogo se entra en pormenores prosáicos, relativamente á la administración, giro y situación de los bienes hereditarios de la familia Zubiaur-Alvarez.

Bastaba también sobre ésto, al concluir la obra, indicar simplemente la permanencia feliz de los recién desposados. No sólo en el poema, sino en la novela (poema burgués como la llama Hegel), conviene dejar algo á la imaginación, á la fantasía del lector respecto al término final de los personajes; de otro modo la obra se convierte en una especie de árbol genealógico frío y sistemático.

□ Fáciles de corregir los pocos defectos que tiene *La Hija del Judío*, son además disculpables si se atiende á la explicación dada por el autor en el *Fénix* (Diciembre 25 de 1845).

«*La Hija del Judío*, incompleta y llena de incorrecciones «como ha sido preciso publicarla (en el folletín del *Fénix*), «puede llegar á ser una obra diferente cuando, dándole to- «da la amplitud de que es susceptible, hagamos de ella una «segunda edición. Un trabajo que tanto merece ser *limado* «y aun *modificado*, no vale la pena de circularlo suelto.»

Sierra murió sin haber podido corregir su novela *María ó la Hija del Judío*, y la segunda edición (Mérida 1874), no fué más que una copia fiel de la primera.

Reasumiendo todo lo dicho respecto á *La Hija del Judío*, creemos puede calificarse de esta manera: Es una buena novela realista, de costumbres antiguas yucatecas, con toques idealistas y tendencia filosófica; sus defectos son pocos y fáciles de corregir.

Remitiéndonos á la biografía de Sierra, escrita por Don Francisco Sosa, sólo diremos lo siguiente: Nació en Tixcaltunú, lugar de la provincia yucateca, el 24 de Diciembre de 1814, y murió en Mérida á 15 de Enero de 1861.

Sierra, educado en país, fué Doctor en Derecho y adquirió en varios ramos notable erudición, especialmente en historia y bellas letras. Desempeñó varios cargos públicos y fué Presidente de la Academia de ciencias y literatura de Mérida, así como miembro de otras sociedades científicas y literarias.

Además de las novelas enunciadas escribió la Introducción á la *Historia de Yucatán* por Cogolludo, de la cual fué editor; el primer periódico literario de Yucatán, *El Museo yucateco*, así como varios artículos en el Registro yucateco y otros periódicos; *Viaje á los Estados Unidos y al Canadá*; *Lecciones de derecho marítimo é internacional*; *Proyecto de un código civil mexicano*; *Varias traducciones*, entre ellas la del *Viaje á Yucatan* por Stephens.

Volveremos á hablar de Sierra cuando tratemos de los escritores científicos.

Florencio María del Castillo nació en México, á 27 de Noviembre de 1828. Después de haber estudiado las primeras letras se dedicó á la medicina, pero la abandonó para consagrarse enteramente á la literatura y á las ciencias políticas.

De opiniones extremadamente liberales, se opuso con energía á la intervención extranjera, (en la época de Maximiliano) lo cual dió lugar á que los franceses lo redujeran á prisión, encerrándolo en el Castillo de San Juan de Ulúa.

El clima mortífero de Veracruz ocasionó á Castillo el *vómito*, de que murió en 1863.

Fué Regidor del Ayuntamiento de México, Diputado al Congreso general y miembro de varias sociedades literarias.

Escribió multitud de artículos políticos y literarios, la novela *Hermana de los ángeles* y las novelitas ó cuentos inti-

tulados *Amor y desgracia ú horas de tristeza*, *La Corona de Azucenas*, *¡Hasta el cielo!* *Dolores ocultos y Expiación*.

Hemos llamado estos últimos escritos literarios cuentos ó *novelitas*, porque así se llaman en bella literatura las novelas cortas, como son las citadas de Florencio M. del Castillo. Impropiamente se han calificado de *leyendas* esos cuentos ó *novelitas*: *leyenda*, según los preceptistas, es una especie de historia-novela, poema narrativo en verso ó prosa, cuya base es un hecho histórico, ó que se admite cómo tal, pero cuyos accidentes y modo de desenvolvimiento son de invención del escritor.

Pues bien, en las *novelitas* de Castillo no hay nada histórico, todo es ficticio.

Las *novelitas* ó cuentos se dividen en varias clases; satíricas, críticas de costumbres, filosóficas, etc. A esta última clase pertenecen los cuentos de Florencio M. del Castillo, según vamos á explicar luego, dejando para después hablar de la novela *Hermana de los Angeles*.

* *

He aquí el argumento de *Amor y Desgracia ú Horas de tristeza*:

El joven Francisco, que habia sido rico, vive en la miseria con su madre y una bella prima, Remedios, de quien estaba enamorado y correspondido.

Remedios era ciega de nacimiento, y últimamente se habia enfermado de un mal grave.

Cierto médico cura á Remedios no sólo con empeño, sino con ternura, pues tambien estaba apasionado de ella. El amor de Francisco y del médico á Remedios era un amor puro, espiritual; pero al mismo tiempo la apetecía sensualmente un viejo lascivo, dueño de la casa donde el joven y su familia vivían.

Ese viejo, para comprometer á sus desgraciados inquilinos y obligar de algún modo á Remedios, da en depósito á Francisco una cantidad de dinero, previendo que la gastaría, acosado por la pobreza.

Tal sucede, en efecto y entonces el viejo consigne un orden de prisión contra Francisco. Cuando éste iba á ser

conducido á la cárcel en medio de los lamentos de su madre y de Remedios, le salva el médico pagando una parte del depósito y dando fianza por el resto, mientras Francisco vá á representar al teatro por vez primera; allí esperaba ajustarse de cómico y con ese ejercicio remediar sus necesidades pecuniarias.

Inspirado el joven por sus propias desgracias representa bien el papel que le tocaba y obtiene un triunfo completo, aunque la emoción que experimenta y sus anteriores penas, le ocasionan un ataque morboso.

A poco la enfermedad de Remedios se agrava y fallece la joven, no obstante la asidua asistencia del médico.

Por lo dicho se comprenderá cuales son las pasiones que se indican en la novelita que examinamos, y cuáles los caracteres que se bosquejan, diciendo que se *indican* y se *bosquejan*, porque no puede ser de otro modo en un cuento que no tiene todo el desarrollo de la novela.

Por lo demás, las descripciones de lugares son exactas y salvo alguna excepción de sentimentalismo exagerado, hay escenas interesantes y aun conmovedoras.

También se recomienda *Amor y Desgracia* por el lenguaje generalmente correcto, con pocas faltas gramaticales, así como por el estilo bueno, es decir, elegante, sin afectación.

Los pensamientos de Florencio M. del Castillo son generalmente verdaderos, sólidos y algunos profundos.

Cuál sea la tendencia filosófica de la obrita que nos ocupa, fácil es percibirla, si se considera esa obrita como debe considerarse, como lección práctica contra el pesimismo.

Hay en *Amor y desgracia* un malvado, pero al mismo tiempo varias personas virtuosas; Fernando pasa las torturas de la miseria, pero su triunfo en el teatro le asegura un porvenir más tranquilo; Remedios muere, pero con todos los auxilios de la religión católica, para ir á la mansión de los bienaventurados. En una palabra, el bien y el mal allí balanceándose, como realmente ocurre.

Relativamente á la circunstancia de que Remedios, la heroína de *Amor y Desgracia* fuera bella, aunque ciega, nos remitimos á los libros de estética, donde se explica como la exaltación física, puede suplir la mirada para manifestar la situación del espíritu. Lo que la pintura puede re-

concentrar en el ojo, la escultura (y relativamente una persona ciega) puede repartirlo en las demás partes del rostro: la sonrisa, la contracción de la frente, la posición de las cejas etc., suplen de algún modo lo que se expresa con la vista.

Para juzgar con acierto la segunda novelita de Florencio M. del Castillo, mencionada antes con el título de "*Corona de azucenas*," es preciso colocarse en la situación misma del autor, en la de creyente.

Castillo no sólo manifiesta ser católico, sino que enalza el catolicismo, sus sacramentos y ceremonias. Cuando censura algo relativo al orden religioso, lo hace únicamente con los abusos, como la tendencia vulgar de materializar demasiado el catolicismo, creencia idealista y espiritual.

Bajo este aspecto vamos á estudiar *La Corona de azucenas*, comenzando por compendiar su argumento.

Soledad era una niña huérfana y pobre, que se refugió en un convento de monjas dónde por su falta de mundo y estimulada con el ejemplo, pronuncia los votos religiosos.

Soledad comprende después lo que hay más allá del claustro, los encantos de la libertad, los goces del mundo, sobre todo el amor.

Entonces se entabla una lucha entre las ocultas aspiraciones y los deberes de la monja, dando esa lucha por resultado que Soledad sufra horriblemente en lo físico y en lo moral.

El mal aumenta porque el amor vago de la religiosa se fija, aunque de un modo latente, sin la más ligera sombra de liviandad, en su confesor el Padre Rafael, hombre de mediana edad y no de una belleza extraordinaria, pero de mucho atractivo por su virtud, talento é instrucción.

Rafael experimenta los mismos sentimientos que Soledad, pero lucha de igual modo que ella, para no caer: los dos religiosos triunfan; vence el deber á la pasión.

Empero, es más débil en lo físico Soledad, se agrava de las enfermedades que padecía, y muere santamente: al morir deja á Rafael, en herencia, una *corona de azucenas* que ella misma había tejido para su tumba.

Rafael sale de México á predicar la fé de Jesucristo á los bárbaros del Norte.

Ya otros, antes que Castillo, habían pintado la lucha entre la religión y el deber y el amor, como Voltaire en su *Zaïde*; pero con argumentos distintos, y sin que la novelita del autor mexicano deje de recomendarse por el idealismo religioso más puro, por los sentimientos más delicados, por la más dulce melancolía, por lo simpático de los caracteres.

Castillo describe perfectamente bien las penas morales y los dolores físicos de Soledad, los remordimientos de una persona escrupulosa, entregada al ascetismo, las enfermedades que resultan de la vida sedentaria, del aislamiento, de la penitencia excesiva, de la excitación moral.

El estilo de la novelita que nos ocupa es elegante, á veces con rasgos poéticos oportunos, y rara vez exagerados; lenguaje generalmente correcto, aunque no faltan algunos galicismos y provincialismos, así como tal cual descuido de sintáxis.

Para que el lector perciba directamente las ideas y la forma (estilo) de Castillo, vamos á copiar el principio de *La Corona de azucenas*:

«Hay criaturas que parecen de propósito echadas al mundo para hacer en él un doloroso aprendizaje; criaturas cuyo dote es el llanto y cuya esperanza está cifrada en el cielo.

«Almas llenas de pureza que atraviesan por este valle de lágrimas como las exhalaciones que surcan el cielo en una noche de estío!

«Flores de un día que mueren inmaculadas dejando por única memoria un leve pero grato perfume!

«Diamantes riquísimos con que el Señor adorna su diadema después de haberlos probado en el crisol de la desgracia!

«Angeles desheredados que suspiran por la patria amada!

«Criaturas predilectas de Dios, á las que él recompensa abreviando el término de su dolorosa peregrinación sobre la tierra!

«Soledad era una de esas santas y humildes criaturas que viven y mueren desconocidas, como la flor que brota entre los peñascos.

«Era huérfana. Su madre murió al darla á luz, y la pobre niña desde ese momento, cuando todas son colmadas de caricias y cuidados, se halló sola en el mundo, sin más amparo que el de la Virgen, cuyo nombre llevaba.

Desde tan tierna edad podía ya pronosticarse su belleza: la azucena blanca era menos suave que su frente, y «sus labios se asemejaban á lo encarnada flor del granado.»

La lección moral que, á nuestro juicio, resulta de "*La Corona de azucenas*" es esta: aunque la religión triunfa de las pasiones, no debe abrazarse el estado religioso sino teniendo una vocación espontánea, firme y muy probada.

Pasemos ahora á referir el argumento de la tercera novelita de Florencio M. del Castillo, intitulada: "¡Hasta el cielo!"

Antonio era hijo de un rico comerciante español, vecindado en México, quien le educó con excesiva rigidez y en el mayor aislamiento.

Muerto el padre de Antonio, éste se encontró joven y rico, á la vez que ansioso de goces y sin experiencia alguna; lanzóse, pues, al mundo desenfrenadamente y tuvo una vida licenciosa, al grado de que en pocos años perdió la salud.

En estas circunstancias, nuestro héroe encontró á una joven, bella y virtuosa, Dolores, que se sostenía modestamente de su trabajo.

Aquella joven, parienta lejana de Antonio, había vivido accidentalmente en la casa de éste, cuando empezaba á entrar en la juventud, y fué su primer amor casto, puro, desinteresado.

Aquella primera pasión no sólo volvió al alma de Antonio, sino que aumentó al grado de casarse con la muchacha y de mejorar de costumbres.

Empero, la enfermedad que el joven había contraído llegó al extremo de hacerle impotente para el uso del matrimonio.

Antonio, como la mayor parte de los parafíticos, era muy celoso y desconfiaba de cuantos hombres se acercaban á Dolores, hasta del médico que le asistía.

Dolores, aunque profundamente virtuosa no estaba libre

de las inclinaciones propias de su edad y sexo; y lo mismo sucedía con Manuel, hermano menor de Antonio, único hombre de quien éste no desconfiaba y que vivía en compañía de los esposos.

Instintiva y fatalmente se desarrolló el amor entre Dolores y Manuel, comprendiendo mutuamente su pasión; pero triunfado el deber, procuraron apartarse, en vez de satisfacer sus inclinaciones.

No obstante, Antonio comprendió aquella situación, experimentó los crueles dolores morales que deben suponerse, aumentando sus males físicos y dando lugar á escenas dramáticas de las más patéticas.

Antonio, antes de morir, se convenció de la inocencia de su esposa y de su hermano, y en el momento de expirar les dice:

—“No tengo yo que perdonaros; no habéis sido culpables sino mártires. Habéis resistido la prueba y sólo es culpable aquel que sucumbe.”

Poco despues comenzó la agonía del enfermo, quien murió tranquilo en el seno de la religión católica, acompañado de dos sacerdotes, de Dolores y de Manuel.

Pocos días despues Dolores se retiró del mundo á un convento de monjas, en cuya Portería se despidieron ella y Manuel con estas palabras “¡Hasta el cielo!”

Manuel partió á unirse con las tropas mexicanas que en aquel tiempo se batían con las norte-americanas.

Es de sentirse que el argumento de “¡Hasta el cielo!” no hubiera sido desenvuelto con más amplitud en una novela extensa, pues se presta para ello.

Sin embargo, en los límites que Castillo se propuso, no desempeñó mal su plan, pues “¡Hasta el cielo!” tiene un lenguaje llano aunque incorrecto, estilo sencillo, claro y agradable, decoro y pudor en los afectos, pensamientos graves, caracteres nobles, verdad en las descripciones, tinte de agradable melancolía y, sobre todo, moralidad en el punto de vista de la ética general y de las creencias religiosas.

No solamente enseña Castillo por medio de la acción romancesca (y no de sermones fastidiosos) los peligros de una educación demasiado severa y los fatales resultados de la prostitución, sino que se eleva á conciliar la existencia de estos dos dogmas religiosos *el castigo y la misericordia*.

El arrepentimiento de Antonio no fué bastante eficaz para curar sus dolores físicos, pero sí suficiente para salvar su alma. El fin que supone Castillo á Dolores y á Manuel es poético, digno de la literatura que tiene por principio la elevación de sentimientos, el bello ideal; en una novela vulgar, *naturalista*, Dolores habría contraído segundas nupcias con Manuel; pero en “*Hasta el cielo*” ella se sublima consagrándose á Dios, y él marchando á defender á su patria.

De la novelita “*Dolores ocultos*” sólo diremos algunas palabras.

Tiende más al realismo que las otras novelitas estudiadas anteriormente, pues el objeto de *Dolores ocultos* es pintar los padecimientos *reales* de la clase pobre.

La filosofía de la obra consiste en que el autor se propuso excitar la caridad del rico, presentándole los tormentos de la miseria, por medio de cuadros vivos y animados.

Para que se comprenda el realismo de *Dolores ocultos*, agregaremos que Florencio María del Castillo dice, respecto al argumento de este trabajo literario: “No es una creación de mi pobre fantasía lo que os voy á referir; es una historia muy triste, pero verdadera.”

Salvas las excepciones de algunos defectos, la novelita llamada “*Expiación*” se recomienda, como las demás de Castillo, por el lenguaje correcto, lo agradable del estilo y de las descripciones, la filosofía de los pensamientos, las concepciones idealistas sin falsedad, la delicadeza de los afectos y, sobre todo, la moralidad del argumento.

“*Expiación*” tiene por objeto demostrar los pésimos resultados del cariño indiscreto de una madre, dando lugar á una educación poco conveniente y con ella á desgraciadas consecuencias.

Magdalena, la heroína de “*Expiación*,” perteneciente á la clase media, tenía una madre que la idolatraba, pero que la crió en la ociosidad y en el lujo, relativamente á su posición social.

Magdalena, muerta la madre que la sostenía con su trabajo, se encontró sin apoyo alguno; y como otras muchas mujeres, tuvo el poco tino de despreciar á un joven que la amaba de buena fe, y de entregarse á un libertino, el cual la prostituyó, abandonándola entre la clase de mujeres perdidas.

Magdalena, como la mayor parte de esas mujeres, murió en el hospital.

* * *

«*Hermana de los Angeles*,» es la obra romancesca más importante del autor que nos ocupa; es la sentida historia de uno de esos seres virtuosos, santos, mártires de su abnegación, que el creyente y el poeta comparan propiamente con los ángeles del cielo.

Rafaelita, la *hermana de los Angeles*, estaba casada con Manuel, un hombre ciego desde los quince años, y que de rico había descendido á la pobreza.

Rafaelita y Manuel se amaban profundamente y de un modo casto, espiritual. Rafaelita no sólo en lo material servía de guía á Manuel, de luz como él la llamaba; no sólo le ayudaba á ganar la vida, sino que, sobre todo, era el consuelo de sus penas, de su ceguera, de su pobreza, de su abandono social.

Rafaelita conducía cariñosamente del brazo á Manuel de casa en casa, para que éste tocara el violín, ejercicio que se vio precisado á practicar para no morir de hambre.

Manuel tenía un amigo íntimo, casi un hermano, Lorenzo, tan virtuoso como Rafaelita. Lorenzo amaba á ésta según amaba á Manuel, moralmente, sin mezcla de celos, sin que su puro sentimiento se empañara nunca con el más ligero pensamiento sensual.

Empero Manuel conoció á una viuda voluptuosa, Dolores, y se apasionó de ella carnalmente; llegó á ser correspondido, y abandonó á la casta esposa por la viuda lasciva.

Rafaelita quedó sola en el mundo, pues Lorenzo ya había muerto, dedicada al humillante oficio de costurera para mantenerse, y ocupando el resto de su tiempo en orar á Dios por la conversión de Manuel, á quien siempre amaba, y siempre estaba dispuesta á perdonar.

La trama de la novela se complica con la presencia no sólo del personaje secundario, Lorenzo, sino la de Don Diego, hermano de Dolores.

Don Diego era un viejo rico y prostituido; apeteecía torpemente á Rafaelita y para conseguir sus deseos contribuyó con sus intrigas á la separación de Manuel.

Lorenzo, que se opuso á las miras de Don Diego, fué traidoramente asesinado por éste, sin que por tal crimen, ni demás esfuerzos, lograra Don Diego conseguir su objeto, rechazado siempre por Rafaelita.

Entre tanto llegó á México un parte telegráfico, caé enfermo Don Diego y en momentos de espirar hace que se le presenta Manuel para pedirle perdón de sus maldades y hacerle presente la santidad de Rafaelita.

Aquel golpe abre los ojos morales del ciego, conoce sus extravíos, se arrepiente de ellos, y vuelve á caer de rodillas ante Rafaelita, pidiéndole un sincero perdón.

La santa mujer otorga luego al suplicante lo que pedía, pues no deseaba otra cosa sino la conversión de su marido.

Rafaelita, ya enferma á causa de tanto sufrimiento, muere á poco tiempo, feliz en brazos de su arrepentido esposo.

He aquí las palabras con que concluye la novela:

«El ciego siguió tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que acompañaban se retiraron; cuando el ruido de sus pasos se perdió á lo lejos, tomó un ramo de flores, lo deshojó sobre la tierra recién removida y se arrodilló á orar. Después se levantó y empezó para él la vida de la miseria.»

La moralidad de la novela «*Hermana de los Angeles*» es tan patente que no debemos esforzarnos en describirla á nuestros lectores.

Una mujer resignada que cumple con sus deberes hasta los últimos momentos de la vida; una mujer que con la santidad de su ejemplo vuelve al camino del bien á su esposo extraviado; una mujer de esa clase no necesita para ser bien comprendida, disertaciones casuísticas, ni comentarios de ninguna especie.

La figura de Rafaelita es, sin hipérbole, una de las bellas creaciones de la buena escuela idealista; un ser real sublimado por el arte.

Otro ejemplo de moralidad que presenta *La Hermana de*

los Angeles consiste en el arrepentimiento del personaje malo, al fin de su vida, de Don Diego.

Por lo demás, lo primero que ocurre leyendo la obra que examinamos, es la resolución de estas dos cuestiones: 1º ¿El amor espiritual ó moral, puro ó platónico, como vulgarmente se llama, es una ficción de los poetas ó realmente existe? 2º ¿Puede un hombre amar espiritualmente á una mujer y apasionarse de otra sensualmente?

Vamos á dar nuestro parecer sobre estas cuestiones cuya resolución revelará el otro aspecto por donde creemos á «*La Hermana de los Angeles*,» un estudio psicológico-fisiológico sobre el amor casto y el amor lascivo.

Florencio María del Castillo dice textualmente:

—«Era cosa indudable; el ciego amaba con la sangre á Dolores así como amaba con el alma á Rafaelita, pero he aquí que como el asiento de todos los sentimientos se encuentra el corazón, el de Manuel virgen y enérgico, era el teatro de dos amores opuestos.»

Según enseña la psicología, el alma humana tiene tres facultades: inteligencia, sensibilidad y voluntad, teniendo la sensibilidad dos manifestaciones distintas, la sensorial ó sentimiento y la física ó sensación.

Ejemplo: El hombre experimenta de muy distinto modo el hecho de la muerte de un hijo, que el hecho de que le pique una culebra. Lo primero es un sentimiento, lo segundo es una sensación.

Pues bien, relativamente al amor, puede sostenerse que hay amor espiritual, moral, como sentimiento, y que hay amor físico, carnal, como sensación.

Varios autores distinguidos se han ocupado en escribir sobre el amor, desde el punto de vista filosófico, y en sus escritos se encuentra la teoría del amor espiritual; v. g., en el *Convite* de Platón, en el *Diálogos di anima* por León el Hebreo, en el *Gli Asolani* de Bembo.

Nuestro Diccionario más autorizado, el de la Academia Española, admite el hecho del amor espiritual, cuando define el llamado platónico de este modo: "Amor puro, sin mezcla de interés ó sensualidad."

Varios casos históricos de amor platónico pudiera citar como los siguientes:

Macías no es un personaje novelesco; realmente existió en

un lugar de España donde se encuentra su sepulcro con esta inscripción: "Aquí yace Macías el enamorado." Los Amantes de Toruel florecieron en el lugar de su nombre. Eloisa y Abelardo se amaron lo mismo cuando tuvieron un hijo que cuando Abelardo perdió la virilidad.

Entonces era cuando Eloisa escribía á su amante palabras como éstas: "Si mi alma no está contigo no puede estar en ninguna parte, porque es imposible que exista sin tí."

Entre los poetas el amor puro tiene varios representantes; espiritual fué el amor del Dante á Beatriz, del Petrarca á Laura, de Sarazano á Carmerina, de Ulmen á la Condesa de Gelves.

Ahora, si uno es el amor moral y otro es el amor físico, no hay inconveniente para admitir que el hombre pueda á la vez inclinarse de un modo á una mujer y del otro modo á una segunda persona.

¿No vemos todos los días hombres que aman á sus esposas y tienen queridas?

Petrarca, á quien antes hemos citado, amó platónicamente durante su vida á Laura, pero él mismo asegura que iba cambiando su cabello de negro en blanco, sin poder cambiar su obstinada pasión. Ahora bien, ese mismo Petrarca tenía hijos naturales, no de Laura, sino de otra mujer.

No hay pues, incompatibilidad en la novela de Florencio del Castillo, cuando presenta á Manuel amando de distinta manera á Rafaelita y á Dolores.

Según lo que hemos explicado, parece que para el desenvolvimiento de la novela que examinamos, bastaba con las tres personas citadas, Manuel, Rafaelita y Dolores; pero los menos versados en literatura comprenderán que entonces *La Hermana de los Angeles* habría tenido poco movimiento; y para dárselo fué conveniente introducir personajes episódicos, como el poético Lorenzo y el prosaico Don Diego.

No por ésto *La Hermana de los Angeles* es una de esas obras romancescas, defectuosas por lo exagerado del entorno, ni por el uso de situaciones violentas y de lances inverosímiles.

La novela que nos ocupa tiene un curso desembarazado

y natural sin carecer de interés, ni de situaciones dramáticas, algunas verdaderamente patéticas, conmovedoras.

Agréguese á estas buenas cualidades un sentimiento vivo, profundo, algunos pensamientos filosóficos, algunas máximas morales, el lenguaje generalmente correcto y un estilo elegante con rasgos poéticos, sin afectación ni obscuridad.

Todas esas circunstancias que recomiendan á "*La Hermana de los Angeles*" permiten al crítico disimular los pocos defectos que en ella se encuentran.

Algún provincialismo ó galicismo; tal cual toque de pasión exagerada; cierta sutileza metafísica para explicar la pasión desinteresada de Lorenzo á Rafaelita, recargo de incidentes con el innecesario episodio del amor que Dolores tuvo á Lorenzo antes de entregarse á Manuel, alguna reflexión ó máxima con interés, presentada en disertación, demasiadas citas de autores para una novela donde conviene dejar todo á la acción de la obra y donde el autor no debe aparecer en manera alguna.

Todo esto casi desaparece al lado de las bellezas que enaltecen á "*La Hermana de los Angeles*."

Para no extendernos demasiado, sólo pondremos como ejemplo de la novela, la descripción del carácter de Rafaelita.

"Educada bajo la amorosa ó incesante vigilancia de la madre, su corazón se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que más tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones.

"Cuando el alma permanece de esta manera virgen, no se empañan ni se borran esas ideas primitivas, esa imagen de la belleza esencial grabadas en ella durante el tiempo que ha permanecido en el seno de Dios, contemplando, participando y reflejando su perfección, y que son como un presentimiento de su futuro destino, como una fuerza que la atrae hacia el Criador y que la obliga á concentrarse en sí misma y elevarse más allá del mundo de los sentidos, para gozar anticipadamente de la dicha que la espera.

"Tal era, en resumen, el fondo ó el carácter de Rafaelita; una mujer sencilla, criada en la soledad, cuya alma, ideas, sentimientos é instintos tendían á elevarse al cielo, como la parte espiritual de las flores, el perfume. La religión para ella no era obra de la razón, era un sentimiento de

"amor natural, irreflexivo, espontáneo; amaba á Dios no porque era Dios y le había dado la vida y todos los beneficios que gozaba, sino porque había en su corazón una especie de apego, de afición, de tendencia, de parentesco—no sé como expresarme—hacia ese Ser infinito, del cual provenía y hacia el cual se sentía atraída como por una voz mágica.

"Era la religión de uno de esos corazones ignorantes y amorosos, para los cuales, como dice San Agustín, orar es espirar; corazones llenos de fé, que se ignoran á sí mismos y que Dios sabe acaso preferir, porque son como unos diamantes purísimos, que absorben y concentran en sí, como en un foco, los rayos del amor divino y lo espargen en torno suyo sin mezcla ni sombras, como una irradiación luminosa."

*
*
*

Concluiremos nuestro estudio sobre Florencio María del Castillo manifestando que, en nuestro concepto, no es exacta la analogía supuesta por algunos, entre ese novelista y Balzac, porque éste es realista y aquél generalmente idealista, uno y otro de buena escuela, cada cual en su género.

Ya hemos explicado lo necesario sobre este punto en el capítulo I de la presente sección.

Nos hemos detenido hablando de Justo Sierra y de Florencio M. del Castillo porque, después de Fernández Lizardi, los consideramos nuestros mejores novelistas, Sierra como realista y Castillo como idealista, entendiéndose ésto sin tomar en cuenta los autores existentes, cuyo estudio no entra en el plan de nuestra obra. A esos autores sólo aludiremos al fin de este capítulo.

Vamos á tratar ahora de otros tres novelistas que sí deben figurar en este libro; pero lo haremos someramente, porque son de menos importancia que Sierra y Castillo.

Pantaleón Tovar. Véase lo que hemos dicho de Tovar, al hablar de los poetas, y aquí sólo agregaremos que escribió una novela de costumbres mexicanas intitulada "*Ironías de la Vida*," débil é incompleta imitación de "*Los Misterios de París*" por Eugenio Sue.

Aurelio Gallardo escribió la novela llamada "Amor de Angel" del género ultra-sentimental. Ya hemos dado á conocer á Gallardo como poeta, en la parte primera de la presente obra.

Luis G. Inclán. Aunque consideramos á Inclán inferior no sólo á Fernández Lizardi, sino aun á Sierra y á Castillo, no por eso carece de mérito en su línea.

Inclán es autor de la novela "Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja, ó los Charros contrabandistas."

Esta novela es esencialmente realista; el principal personaje y algunos secundarios, fueron unos contrabandistas mexicanos que realmente existieron; las costumbres de esos contrabandistas y las del pueblo mexicano, especialmente las campesinas, están tomadas del natural, sin descender por eso á lo soez, á lo obsceno, á lo repugnante.

Por el contrario, la novela *Astucia* contiene episodios interesantes, algunos amorosos, otros son de la vida aventurera, propia del contrabandista, así como rasgos descriptivos agradables, retratos fieles, caracteres simpáticos y ejemplos de moralidad.

La novela que nos ocupa se ha hecho tan popular en México y agrada tanto, que en el día es más leída que *El Periquillo*, viniendo á destronarlo, hasta cierto punto.

Sin embargo, oponiéndonos nosotros al criterio popular, explicaremos que *Periquillo* es superior á *Astucia* en el fondo y en la forma: el fondo del *Periquillo* es más filosófico y la forma es más graciosa, no obstante sus disertaciones pesadas.

Una de las circunstancias que más llaman la atención en "Los Charros Contrabandistas" es que en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez *dialecto mexicano*, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado.

Comparando ese dialecto con el castellano puro, se nota:—1º Vocablos nuevos tomados la mayor parte de las lenguas indígenas, como *coate* del mexicano *coatl*, por *gemelo* ó *mellizo*.—2º Voces alteradas en su forma; v. g. *estógamo* en lugar de *estómago*, *nierros* y no *nervios*.—3º Palabras que conservan su forma, pero que cambian de sentido; por ejemplo *huero* por *rubio*, *caravana* en significación que no tiene en

España de *cortesía* ó *saludo*.—4º Defectos de sintaxis, como el régimen *ojalá* y en lugar de *ojalá que, cualesquiera persona*, donde *cualquiera* está en plural y *persona* en singular; la *calor*, concordando artículo femenino con nombre masculino—5º Uso de arcaísmos: *haiga*, *mesmo* etc.; *mesmo* en vez de *mismo*.—6º Faltas prosódicas; v. g. *país* en lugar de *país*.—7º Mala pronunciación de algunas letras; la *z* confundíendose con la *s*, la *y* griega con la *ll* y así otras.—8º Adulteración de palabras indígenas; por ejemplo, *papelote* en vez de *papalote*, que no es un aumentativo de *papel*, sino un derivado de la voz azteca *popalotl*, mariposa.—9º Locuciones ilógicas, como "el criado *cayó con todo y caballo*," en lugar de "*cayó con caballo y todo*," porque después de *todo* no puede quedar otra cosa.

Nuestra opinión respecto al uso del dialecto mexicano ya la hemos indicado otras veces; pero aquí vamos á ser más explícitos sobre el particular, repitiendo lo que hemos dicho, con el agregado de nuevas observaciones.

Creemos que el dialecto mexicano puede admitirse en todo su desenvolvimiento cuando el autor de una novela supone que en ella figuran mexicanos que usan ese dialecto, pero no cuando habla el escritor mismo, en el cual caso sólo es lícito admitir *neologismos*, por conveniencia ó necesidad.

Ejemplo: El escritor mexicano puede usar la palabra *aguacate*, porque indica una fruta indígena de México, nueva en España, sin vocablo castellano que aplicarle.

Por esta razón el Diccionario de la Academia Española admite *Aguacate*, como admite *chocolate*, *mitote* y otras voces de las lenguas americanas.

La Academia ha tenido en cuenta que el lenguaje es el signo de nuestras ideas y que, en consecuencia, toda idea nueva debe tener sus signos, su palabra correspondiente.

Otro ejemplo: en México usamos el neologismo *sociología*, y está bien usado, apesar de la opinión contraria de Valera, Menéndez Pelayo y otros puristas.

La voz *sociología* es híbrida; pero en castellano hay así algunas usadas, aun por los doctos, como *bigamia*.

Sociología no puede suplirse con la palabra genérica *filosofía*, porque aquella es un ramo especial de la ciencia filo-

sófica, y *sociología* debe usarse según se usa psicología, ideología, ética, etc.

Sociología es voz propia de un sistema filosófico moderno el cual emite ideas nuevas, y esas ideas deben tener signos propios con que expresarse.

Bajo tal concepto, admiten propiamente la dicción *sociología* varios escritores modernos y contemporáneos, como Lastarria en su obra *Política Positiva*.

Hasta aquí nuestro consentimiento respecto al dialecto mexicano en boca del escritor mismo; pero ese dialecto usado por un escritor como del idioma, en todo su desarrollo daría estos resultados: hablar de una manera verdaderamente disparatada, bárbara, contra toda noción estética.

Cualquier obra literaria consta de dos elementos, idea y forma, así es que la obra literaria, para ser perfecta, tiene que serlo no sólo en cuanto al argumento sino en cuanto al uso de las palabras con que ese argumento se expresa.

¿Qué sería de la Iliada ó de la Eneida formadas de barbarismos, solecismos, faltas prosódicas, y demas defectos como los que hemos hallado en el dialecto mexicano?

El escritor nunca debe olvidar la exacta definición que de la literatura dan los preceptistas filosóficos: "Literatura es "el arte que manifiesta esencial ó accidentalmente la belleza por medio de la palabra."

El distinguido crítico Revilla, uno de los que adoptan esa definición, distingue convenientemente el lenguaje vulgar del literario y dice: "La palabra, al ser órgano de un Arte bello ha de ser artística y bella, siendo, por tanto, el lenguaje literario distinto del vulgar, que no necesita poseer tales cualidades."

En segundo lugar, el escritor que adopte el dialecto mexicano pronto se reducirá al mezquino círculo del provincialismo, no será entendido fuera de nuestras costas, y de ese modo se privará de un eficaz recurso: que sus obras sean juzgadas por un árbitro imparcial, el *extranjero*.

"Nadie es profeta en su tierra," se lee en el Evangelio, palabras que en pocas partes tienen mejor aplicación que entre nosotros, donde generalmente no se juzgan las obras sino las personas, según sus creencias, sus opiniones y hasta su raza.

Vamos á concluir este capítulo, observando que en nues-

tros días es cuando la novela ha tomado en México mayor incremento, según lo prueba el hecho de que sólo en la Capital de la República viven veinticinco ó treinta personas que han escrito ó escriben novelas.

No citamos sus nombres por temor de incurrir en omisiones que, por involuntarias que fueran, podrían ser torcidamente interpretadas.

Algunos críticos modernos consideran que la obra literaria más propia de nuestra época es la poesía lírica, y otros que la dramática, opiniones que se fundan en varias y buenas razones, bajo el punto de vista teórico; pero la verdad es que, en el terreno de los hechos, la novela es la clase de literatura más cultivada en el siglo XIX, y con la ventaja de que puede ser entidad poética, según explicamos antes, en el capítulo primero.

No es pues, extraño, que en México se haya desarrollado ahora el gusto por la novela, obedeciendo nuestro país las mismas leyes que han impulsado á otras naciones civilizadas, leyes que vamos siquiera á indicar brevemente.

¿Por qué principios, por qué razones la novela fué enteramente nula ó poco cultivada en México durante la dominación española?

Los hechos demuestran que la novela exige para su desarrollo cierta libertad y cierto movimiento social. La novela, durante los siglos XVI y XVII privó en España donde no había gran suma de libertad civil ni religiosa; pero respecto á México era España lo que la metrópoli respecto á la colonia, lo que el Señor al siervo; en las colonias españolas dominó ampliamente el sistema restrictivo en todas materias.

Relativamente al movimiento social, nada más monótono que la vida de los habitantes de Nueva España, reducidos á una lenta y tardía comunicación con la Península española.

Si Fernández Lizardi, en el siglo XVIII, obtuvo algún éxito en la novela, fué porque ya entonces comenzaban á cundir por todas partes las ideas liberales de que ese distinguido mexicano fué un espíritu romancesco.

Al sistema restrictivo de la colonia ha sucedido después entre nosotros el sistema liberal completo, al aislamiento la comunicación con el mundo entero, á la paz sepulcral de tres siglos, la agitación de una sociedad que se hizo independiente y después se constituyó.